

que sea posible construir un puente. El rey del Océano oriental, debidamente consultado y requerido, ha prometido encadenar los vientos funestos, y con esta suprema garantía comienza la danza.

»Los personajes, vestidos todos de blanco, se aproximan trayendo sendas linternas en la mano imitando nubes. Después de haberse movido agradablemente de aquí para allá en la escena, todos estos personajes, portadores de nubes, ejecutan un movimiento definitivo, reuniéndose dos á dos y cuatro á cuatro para formar finalmente cinco grupos, trazando cada uno de ellos un carácter de imprenta.

»Ordenado así el conjunto, dispuestos correlativamente estos caracteres, resulta y puede leerse muy bien la inscripción siguiente:

»*Paz en la tierra y buena voluntad al hombre.*

»La alegoría es perfecta: las nubes quedan inmóviles y el Océano permanece en calma.»

¡Preciosa danza sin duda!

Pero acaso y sin acaso me creáis los impacientes lectores fuera de mi propósito, ó sea del asunto que debemos tratar en este artículo. Sin embargo, no es tanto como suponéis, como quiera que el teatro anamita ha de ofreceros, antes de la clausura de la Exposición, algunos espectáculos que serán sin duda de este género, danzas alegóricas de su país.

Mientras tanto contentémonos con las representaciones que se nos dan por ahora, reconociendo de paso sin ninguna dificultad que sin actrices falta la gracia al teatro anamita, en que sobra animación y ruido por otra parte.

En cuanto á los trajes, son en verdad magníficos, realizados con preciosos bordados de seda fina de todos colores. Pero el encanto femenino no se sustituye con ninguna magnificencia. Esas caras pintadas, esos brillantes vestidos, ese calzado recio y retorcido, esos hombres disfrazados de mujeres, todo eso nos es insuficiente, y la confusión de los sexos tiene algo en sí que choca con nuestras delicadezas, nos inquieta y enfría.

Y con esto me alejo del teatro chino, mientras el director de orquesta golpea á compás de *allegro* su tambor de piel de buey, otro músico hace sonar el *banjo* de madera negra y lustrosa, adornado con una camisa de serpiente azul, y el *shong-hi* y el *dong-co* y los címbalos hacen un ruido metálico capaz de espantar á todo el universo.

E. LANGER-MASCLE

LOS ALREDEDORES DE LA EXPOSICIÓN



Portillo del puente Alma

Locomoción proviene de dos palabras latinas que significan la acción de salir ó de moverse fuera de un lugar. Por extensión, se concluye que si se sale de un lugar, es para entrar en otro, de tal manera que locomoción significa *desplazamiento*.

Pues bien, en lo que concierne á la Exposición, esta palabra de locomoción ha tomado toda la intensidad de un problema complicado de álgebra y geometría. Cada cual se ha visto obligado á resolver este problema, hecho difícil, y á fe mía que se consigue bien ó mal.

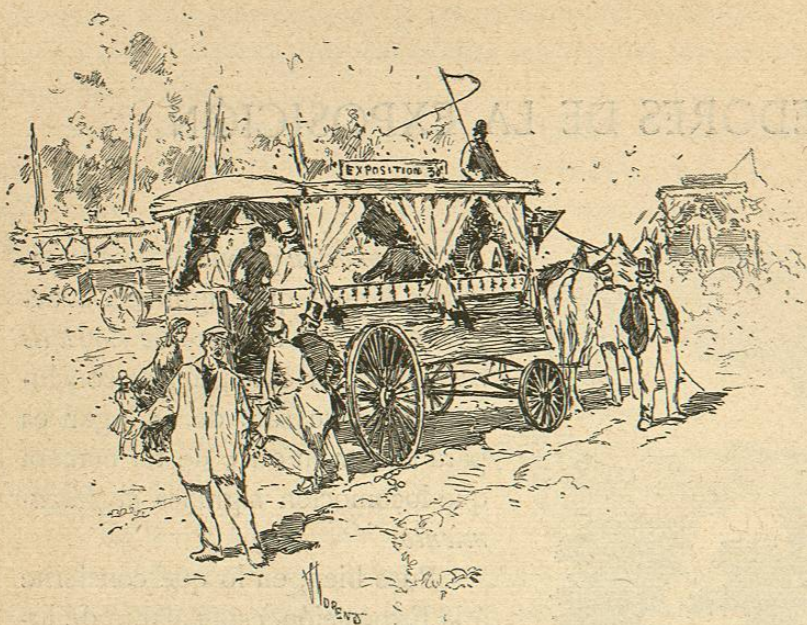
Todos los principios son dificultosos: hasta hubo un conato ó tentativa de huelga de cocheros, que hubo de amenazar un momento á París como una tempestad, bien que después se desvaneciera como una bola de jabón. Fué el tiempo

en que podía verse desde la acera de la calle el espectáculo, triste y cómico á la vez, de una multitud halando vagos vehículos. Brazos armados de bastones, de paraguas ó de sombrillas se levantaban en el espacio á la manera de los semáforos, y, febriles, hacían gestos, bien inútiles ciertamente.

En aquel entonces fué cuando encontré cierto automedonte que iba al trote perezoso de un caballo fantasma: este cochero, que parecía tomar su asiento por la Santa Sede y se asemejaba á un notario y á un cura al mismo tiempo, vino á detenerse á la orilla de la acera, y me dijo: *Domine, dum sis solus, ascendere fas est.*

Afortunadamente me ha quedado de mis estudios de instituto la suficiente aptitud para comprender el latín, y pude traducir mentalmente el latinajo: «Puesto que el caballero está solo, puede subir á mi vehículo.» El cochero me aseguró que por ningún dinero hubiera *cargado* un ignorante, pues bachiller, sino doctor ni licenciado, exigía ante todo que su cliente supiera latín.

No hay que decir si, durante este tiempo de huelga, habría aglomeración y tumulto por causa de locomoción: los ómnibus y el tranvía, el esquife dorado y la golondrina gris, que se deslizan silenciosamente por el río, fueron tomados al asalto y abrumados completamente.



Las tapiceras

hipódromos; esos carros de bancos y *breaks*, en cuyo estribo un mozalbete de aspecto picaresco gritaba con acento burlón: ¡A la carrera! ¡Al vapor!

Estas tapiceras tomaron por punto de estación, al borde de las aceras, los barrios lejanos, hacia la inculta Bastilla, los salvajes Batíñoles, las Cabañas-Chaumont, país recién descubierto por austeros y verídicos viajeros.

En las dichas tapiceras se escribió la fatídica palabra *Exposición*, y los indígenas de estas regiones acaso lacustres, acaso silvestres, tomaron el hábito de reunirse para sentarse en sus hospitalarios bancos. Los primos del barrio encuentran allí á sus primas, madres enternecidas llevan á sus hijas núbiles cerca de los *gomosos* ó *sietemesinos* de la vecindad con la esperanza de llegar á ser suegras.

En las banquetas se acumula el queso al lado del salchichón, la botella á diez y seis al lado del *rosbif* fiambre. Diríase alguna partida de caravana para los países en que reina la sed y el hambre.

El conductor, familiar en su lenguaje, dice con cierta gracia á alguna dama rezagada: «Vamos, mamita; hay un asiento muy cómodo en las rodillas de este caballero.» Y designa al gordinflón tendero del número 27, ó al rentista, gordinflón también, que vive en el segundo, sobre el patio.

Entonces cruje el látigo y las bestias se lanzan con el triste meneo de inglesas extenuadas por el celibato, flotando al viento la cortinilla de color trigueño, que parece la vela de un Océano en el momento de virar.

Es el medio más agradable de locomoción.

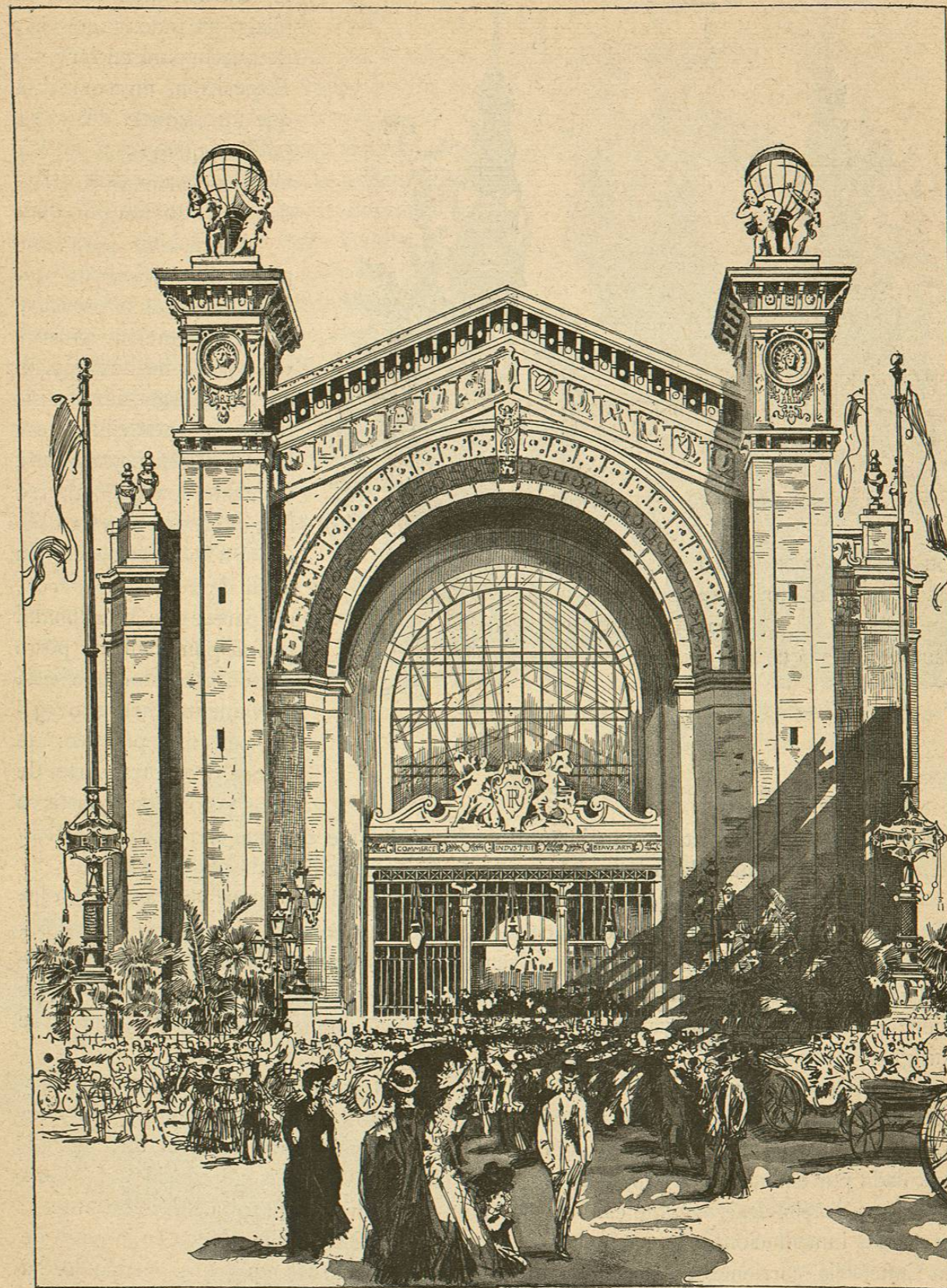
No hablo de las golondrinas, conocidas mucho tiempo ha, ni de algunas nuevas líneas que la compañía de ómnibus se ha dignado otorgarnos.

Queda el ferro-carril del Campo de Marte, poco recomendable para los que tienen prisa, como quiera que su tren es el modelo de la lentitud. En cambio, desde lo alto del imperial, cuando se llega á Auteuil, al *Point-du-Jour*, el golpe de vista es delicioso: por un lado el campo verde y por otro la Exposición roja y azul.

En el desembarcadero se hace constar que los billetes son más caros en el interior de

Entonces también el ingenio de los parisienses supo sacar partido de todas las máquinas rodantes que pudieron sacar de inverosímiles cocheras: viéronse entonces carros de hortelanos, chirriones; algunos cotizaron sus *biceps* para arrastrarse alternativamente en un carro de manos, y familias enteras fueron á la Exposición en carros de mudanza.

Las tapiceras, otros carros por el estilo, salieron á luz, las tapiceras, que en otro tiempo llevaban á los



La puerta Rapp